

# IGLESIA Y TRANSICIÓN EN CHILE: EL PAPEL DEL OBISPO RAÚL SILVA HENRÍQUEZ, 1961-1983

CRISTIÁN GARAY VERA

Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile  
garay.ce@gmail.com, idea@usach.cl

**RESUMEN:** El obispo Raúl Silva Henríquez es considerado hoy como una de las principales figuras de la reciente historia de Chile, no sólo por su indudable sensibilidad democrática y de defensa de los derechos humanos, sino por su actitud política a favor de una salida a la dictadura de la mano de un fuerte partido demócrata-cristiano y por su apoyo a las políticas de cambio y progreso social de la sociedad chilena.

**PALABRAS CLAVE:** Raúl Silva Henríquez – Iglesia Católica – autoritarismo – transición democrática – Chile – Democracia Cristiana – Salvador Allende – marxismo

**ABSTRACT:** Bishop Raúl Silva Henríquez is considered as one of the leading figures in the recent history of Chile. In fact, he had an undoubted democratic sensibility and human rights, but for their political approach towards a solution to the dictatorship the hand of a strong Christian Democrat and support for policy change and social progress of Chilean society party.

**KEYWORDS:** Raúl Silva Henríquez – Catholic Church – authoritarianism – democratic transition – Chile – Christian Democracy – Salvador Allende – Marxism

---

*Cristián Garay Vera es Licenciado en Historia, Universidad de Chile. Magíster en Historia con mención en Historia de Chile, Universidad de Chile. Doctor en Estudios Americanos con Mención en Relaciones Internacionales, Universidad de Santiago de Chile. Doctor en Historia en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), 2006. Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.*

Es indudable que la figura de Raúl Silva Henríquez es emblemática para buena parte de la sensibilidad democrática del país y centra, además, buena parte de la atención de los especialistas<sup>1</sup> y de los políticos. Recibió el Premio Derechos Humanos de 1971 dado por el Congreso Judío Latinoamericano y el Premio Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 1978 a nombre de la Vicaría de la Solidaridad de la cuál era su superior. Su imagen está contenida en las monedas de 500 pesos en circulación. En 2007 se celebraron los 100 años de su natalicio, ocasión en que el gobierno socialista, presidido por la agnóstica Michele Bachelet, acuñó medallas, imprimió estampillas en su honor, e hizo un solemne acto público de vindicación de su memoria. Televisión Nacional de Chile le incluyó en 2007 entre los 100 nombres notables para elegir al personaje de la historia de Chile. Los actos de homenaje por los 100 años de su nacimiento trascendieron las fronteras y llegaron hasta el Vaticano.

Una crónica de *El Mercurio* lo transcribió así: “ROMA.- Pastor apasionado por su rebaño, defensor de los perseguidos y marginados, educador de jóvenes, pero “profundamente hombre de Dios”. Ese es el retrato que emerge del cardenal Raúl Silva Henríquez, cuya figura se recordó ayer en un homenaje que tuvo lugar en el Aula Magna del Senado Académico de la Universidad Pontificia Salesiana, en la capital italiana.

En el acto, organizado por la embajada de Chile ante la Santa Sede para conmemorar el centenario del nacimiento del purpurado, participaron los cardenales salesianos Óscar Rodríguez Maradiaga y Tarcisio Bertone, secretario de Estado de la Santa Sede.

Ameno y anecdótico fue el saludo del cardenal Bertone: recordó que había conocido al cardenal Silva Henríquez “en el lejano 1962”, y que siendo un joven sacerdote, lo acompañaba durante sus estadías en Roma.

También se refirieron a la figura del cardenal Silva Henríquez el rector de la Universidad Salesiana, don Mario Toso; el embajador de Chile ante la Santa Sede, Pablo Cabrera; el rector mayor de la Orden, don Pascual Chávez; el

---

1 Esta es la bibliografía existente: Miguel Alvarado Borgoño *Cultura y universidad en el pensamiento del Cardenal Raúl Silva Henríquez: un ensayo de interpretación*, Universidad Católica Blas Cañas, Santiago de Chile, 1997; Mario Aguilar, *Cardenal Raúl Silva Henríquez (1907-1999)*, Ediciones Copygraph, Santiago de Chile, 2004; Arquidiócesis de Santiago, *Testamento espiritual del Cardenal Raúl Silva Henríquez*. Fundación Raúl Silva Henríquez, Santiago de Chile, 1999; Ascanio Cavallo (editor). *Memorias Cardenal Raúl Silva Henríquez*, Ediciones Copygraph, Santiago de Chile, 1991; Luis Antonio Díaz Herrera, *El pensamiento social del Cardenal Silva Henríquez*. Santiago de Chile, 1976; Luis Antonio Díaz Herrera, *El Concilio Vaticano II y las intervenciones del Cardenal Silva Henríquez*, Ediciones Mensaje, Santiago de Chile, 2007; Juan Fernández (editor). *Cardenal Raúl Silva Henríquez: coherencia de un mensaje*, Hoy Ediciones / Empresa Editora Araucaria, Santiago de Chile, 1987; Oscar Pinochet de la Barra, *El Cardenal Silva Henríquez: luchador por la justicia*, Salesianos, Santiago de Chile, 1987; Padre Miguel Ortega, *Así pensaba el Cardenal Raúl Silva Henríquez*, Editorial San Pablo, Santiago de Chile: 1999.

padre Natale Vitali, inspector de los salesianos en Chile; el periodista Ascanio Cavallo, editor de las memorias del cardenal, y monseñor Ricardo Ezzatti, arzobispo de Concepción, que fuera confesor de “don Raúl”, como lo llamaban sus numerosos amigos.

El embajador Cabrera destacó la importancia del acto de homenaje al cardenal Silva Henríquez en el aniversario de su nacimiento: “Creo que es obligación de los chilenos recordarlo también en su dimensión internacional. Ya que, como se ha visto, es una figura cuya acción ha traspasado las fronteras de Chile como pastor y como un actor de la sociedad chilena”<sup>2</sup>.

Sea como sea Raúl Silva Henríquez, nacido en una familia de cierto relieve provinciano, fue un impulsor de cambios trascendentales. El mismo describió su familia así: “Descendía mi abuelo de una familia de extenso y prolongado arraigo en Chile. Originarios de la isla portuguesa de Madeira, bajo el apellido Borges da Silva, sus antepasados, se integraron a las colonias españolas cuando el Rey Felipe II encabezaba los amplios territorios de la corona peninsular”. De la familia de su madre diría, por su lado, “Mi madre, Mercedes Henríquez Encina, procedía de una pudiente familia que nació también en tiempos de la Colonia”, que llegaron a Talca (ciudad del centro de Chile) por obra del Gobernador Henríquez<sup>3</sup>.

La importancia de Silva Henríquez se forjó mucho antes de 1973 y de los hechos que siguieron. Ya en 1968, en plena eclosión demócratacristiana del Gobierno de Eduardo Frei Montalva, el historiador estadounidense George W. Grayson escribía que la colectividad reflejaba el pensamiento de Sturzo, Mounier y Maritain y que la jerarquía chilena había “manifestado su aprobación al programa de Eduardo Frei”. Esto porque el Cardenal Silva Henríquez apoyó la necesidad de una reforma agraria como expresión de la doctrina social. La Iglesia, “conducida por el cardenal Raúl Silva Henríquez, el obispo Manuel Larraín, y el padre Roger Wekemans, SJ, ... ejerce una fuerte influencia en favorecer el cambio social y el progreso económico”<sup>4</sup>.

Antes de ser nombrado Cardenal en 1961, Silva Henríquez apostó claramente por el Partido Demócrata Cristiano frente a un declinante Partido Conservador, que no pudo obtener el apoyo eclesiástico como antaño. Posteriormente fue, además, el propulsor de las reformas del Concilio Vaticano II, y luego un ferviente partidario del diálogo frente a la administración Allende

---

2 Patricia Mayorga, “Centenario de su nacimiento: Homenaje al cardenal Raúl Silva Henríquez en Roma Solemne acto se realizó en Aula Magna del Senado Académico de la Universidad Pontificia Salesiana”. *El Mercurio*, Jueves 28 de junio de 2007.

3 Ascanio Cavallo, editor, *Memorias Cardenal Raúl Silva Henríquez*, Tomo I, Ediciones Copygraph, Santiago de Chile, 1991, pp. 11 y 14.

4 “Claramente –añadía–, los fundamentos religiosos del programa del PDC le han atraído el caudal de votos femeninos, como lo indicó el resultado de la elección presidencial de 1964”, *El Partido Demócrata Cristiano chileno*, editorial Francisco de Aguirre, Santiago de Chile / Buenos Aires, 1968, pp. 419-420 y 449.

(1970-1973). Y más tarde fue el artífice de la política de derechos humanos frente al gobierno militar, para dar paso a otra generación de obispos en el gobierno de la sede metropolitana de Santiago de Chile.

## EL ASCENSO

En 1922 a los 16 años Raúl Silva Henríquez entra a estudiar derecho a la Universidad Católica de Chile. Tres años dura su compromiso con las leyes, en parte dictada por la tradición: en 1930 entra a estudiar un largo noviciado para entrar a la Orden Salesiana. Lo hace tras rechazar entrar al Seminario Diocesano y a los Jesuitas, quienes simplemente no lo recibieron tras evaluar su vocación. En 1926 opta por la orden salesiana, prestigiada por el celebre obispo Ramón Ángel Jara, y por una afectuosa recepción del Padre Panzarasa. Sin saber mucho del carisma de la congregación, por propia confesión, Raúl Silva Henríquez ingresó a la orden cuyo eje era la educación de los niños. Pero pronto demostró dotes de gobierno: fue uno de los pocos obispos del mundo de una orden en ese entonces, y el segundo en Chile, antes de él solo monseñor Crescente Errázuriz, dominico, había sido nombrado obispo diocesano. En su escudo arzobispal incluyó en su homenaje una banda de árboles, alusión al bosque del nombre Bosco. En 1938 se ordena sacerdote y en 1943 marcha a completar sus estudios en Italia. Se doctora en Turín.

Posteriormente se desempeña como profesor de Derecho Canónico y de Teología Moral en los salesianos. Fue nombrado rector del Liceo Manuel Arriarán Barros en 1943 y del Colegio Patrocinio San José en 1948, situado en la Avenida Bellavista de la Comuna de Providencia de la capital. Fue fundador y presidente de la Federación de Colegios Particulares Secundarios (FIDE). En 1956 fue nombrado director de las escuelas profesionales de la Gratitud Nacional y del Liceo San Juan Bosco con novecientos alumnos. El Colegio La Gratitud Nacional, surgió del voto por la victoria contra Perú y Bolivia en la guerra de 1879, y fue desde siempre emblemático para los salesianos. Desde 1955 estuvo abocado además al Instituto Católico de Migración, que además fue el soporte de la erección de Cáritas Chile, la organización de ayuda fraterna de la Iglesia, cuya ley fue sacada con el concurso de los parlamentarios conservadores. El ICM acogió a europeos del Este, incluidos rusos blancos, que vinieron a Chile en el gobierno de Carlos Ibáñez. El propio Silva Henríquez recolectó en 1956 ayuda para los húngaros, aspecto que no apareció en sus memorias. Su sintonía con la Iglesia del Este quedó en claro en un viaje a Europa, donde contactó con Ayuda a la Iglesia que sufre. De ese modo fue el Vicepresidente de Cáritas Chile y al ser nombrado obispo de Santiago en 1959 entregó a un laico sugerido por él el cargo, pero en 1962 se le nombra director mundial de Cáritas.

Simultáneamente fue nombrado Obispo de Valparaíso en 1959, pero los avatares políticos lo llevarían a la sede capitalina. Así fue aprobado dificultosamente

primero y creado Cardenal en 1961 al asumir la sede santiaguena<sup>5</sup>, producto más que nada de la pugna política interna entre los nombres de los monseñores Alfredo Silva Santiago y Manuel Larraín, uno pro conservador y otro pro demócratacristiano. El Presidente Jorge Alessandri, liberal, y el Nuncio Apostólico Opilio Rossi no querían como titular de la sede capitalina a otro compañero de colegio de Silva Henríquez (Emilio Tagle Covarrubias, luego arzobispo de Valparaíso) y aconsejados por el senador liberal Pedro Ibáñez Ojeda se impuso como nombre de transacción Silva Henríquez. Rossi había llegado tras el incidente en que el Nuncio Sebastiano Baggio, fuerte impulsor de la candidatura Frei fugitivo al entonces candidato presidencial Jorge Alessandri por “dividir” el voto de los católicos. Pero Alessandri ganó e hizo la vida imposible al Nuncio para que se fuera, y el nuevo que llegó no estaba dispuesto a contrariar de buenas a primeras al Presidente de Chile, quien siempre ejerció, incluso con la separación de la Iglesia y el Estado, un poder de veto ante los nombramientos episcopales. Esa extraña conjunción de factores hizo posible el nombre de este sacerdote que siempre ascendió entre polémicas.

Pero contra lo que esperaban sus promotores su gestión tendría un sello claro: la promoción y sintonía de la Democracia Cristiana chilena. Así se cumplió lo que se preveía con la sucesión del Cardenal Caro en la sede capitalina: “dada la tensión entre los católicos conservadores y los católicos demócratacristianos, se creía que la designación en la capital inclinaría el rumbo de la Iglesia chilena en una u otra dirección”<sup>6</sup>. Y efectivamente esta predicción se cumplió, y no fue extraño que el aislamiento del Partido Conservador; el auge de la figura de Eduardo Frei; y los cambios sociales llevaran a la victoria presidencial en 1964, llevaran a la disolución del Partido Conservador en 1966 en un nuevo referente de derecha popular, el partido Nacional (1969-1973).

Curiosamente su escudo de armas fue diseñada por el historiador y tradicionalista católico Jaime Eyzaguirre. Su divisa era *Caritas Christi Urge Nos* (La caridad de Cristo nos urge), la misma de su antecesor y recién fallecido obispo de Valparaíso, Rafael Lira Infante. El carácter fuerte del prelado quedó claro con un incidente entre los Caballeros de Colón de Valparaíso y Santiago, en que pasó sobre los de Santiago para favorecer a los primeros, lo que provocó quejas jurisdiccionales que desechó sin más.

Se olvida con cierta prontitud que el Cardenal Raúl Silva Henríquez fue entronizado tras el fallecimiento del Cardenal Primado de Chile José María Caro, muerto en olor a santidad y ciertamente un hombre combativo, pero a

---

5 Si bien existe la separación Iglesia Estado desde la Constitución de 1925, los gobiernos chilenos normalmente aprueban o intervienen al menos en los nombramientos de los obispos hasta hoy. Una de las intervenciones últimas fue la negativa a aceptar que la sede de Santiago de Chile fuera ocupada por el Cardenal Medina, prefecto vaticano, de lo que surgió el nombre del actual prelado Francisco Javier Errázuriz, superior general en Alemania del movimiento Schoenstatt.

6 *Memorias*, I, p. 177.

la vez astuto frente a las corrientes laicas y masónicas. El Cardenal Caro era un hombre de orígenes humildes, campesinos, criollos en plenitud: una excepción en el aristocrático cuerpo de Príncipes de la Iglesia chileno, y socialcristiano pero no democratacristiano. Como dice Valezka Troncoso, “Cuando los restos del Cardenal Caro fueron trasladados en marzo de 1968, desde la cripta, ubicada en el altar mayor de la Catedral de Santiago, a la nueva Capilla Funeraria, sus antiguos Obispos Auxiliares – Monseñores Emilio Tagle, Pío Alberto Fariña, Augusto Salinas Fuenzalida y Alejandro Huneus Cox – pidieron al Comité Permanente del Episcopado una presentación solicitando la introducción de la Causa de Beatificación y canonización del Cardenal Caro, la cual fue acogida y aprobada por la Asamblea Plenaria del Episcopado de Chile”. El día 4 de diciembre de 1969, Monseñor Raúl Silva Henríquez designó para el cargo de Postulador y Procurador para la “causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, José María Caro Rodríguez”, al Presbítero Iván Larraín Eyzaguirre. Con el fin de promover la causa de Beatificación y Canonización, Monseñor Joaquín Fuenzalida Morandé solicitó al Arzobispo de Santiago la aprobación del proyecto “Instituto Apostólico José María Caro”, que fue aprobada el 17 de septiembre de ese año<sup>7</sup>.

Pero el nuevo prelado también sabría generar sus propios afectos y lealtades. Y un largo gobierno eclesiástico refrendaría esta afirmación. Varios de sus secretarios personales, colaboradores y discípulos en el sacerdocio y la política prolongaron su influencia más allá de cualquier otra consideración.

En el aspecto litúrgico fue un entusiasta del Papa Juan XXIII y de las reformas del Vaticano II. Recientemente el presbítero Luis Antonio Díaz Herrera ha estudiado el tema en *El Concilio Vaticano II y las intervenciones del Cardenal Silva Henríquez* (2007). En él se señala que fue uno de los líderes del Concilio, y que representó la voz del episcopado chileno en forma clara en las reuniones. En el Concilio expuso sobre la necesidad de dar a la Virgen María un esquema integrado y no separado, porque en América “la devoción a Nuestra Señora está a veces demasiado alejada de la misma vida devocional de la Iglesia”<sup>8</sup>. Una proposición que le enfrentó a los obispos españoles<sup>9</sup>, pero que consiguió apoyo de los mexicanos y franceses.

Esta cuestión no era meramente formal. Como se sabe dentro de las tendencias que apaciguaban la relación con los protestantes estaba la de no dar a

<sup>7</sup> Valezka Troncoso, *Vida y obra del cardenal Caro*, tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad del Desarrollo, 2007.

<sup>8</sup> *Memorias*, I, p. 306.

<sup>9</sup> Finalmente se impuso esta moción por 40 votos sobre más de 4000. Silva Henríquez cuenta que “Cuando íbamos saliendo de la sesión, por la puerta de Santa Ana, se me acercó un obispo salesiano español. Estaba muy irritado.

– Señor Cardenal –me dijo- la Virgen le hará pagar esto en el momento de su muerte.

– Muchas gracias, señor obispo –contesté-. Por fortuna como usted sabe, yo conozco mucho a la Santísima Virgen, y no temo nada”, *Memorias*, I, p. 311.

la Virgen María un esquema separado. Así lo interpretaron críticamente los sectores más tradicionales de la Iglesia. El llamado Grupo del Rin de obispos alemanes apoyó la declaración del perito Karl Rahner de impedir un esquema separado para no dañar las relaciones con los protestantes. Eso explica la dureza del intercambio de palabras entre Silva Henríquez y los obispos españoles<sup>10</sup>.

A su apoyo al ecumenismo, también aprobado en el Concilio, se suma la convicción que solo con reformas sociales profundas se podría concretar el orden social cristiano. Parte de ese programa se expresó, antes que otros aspectos, en la crítica a la situación del peonaje chileno (inquilinaje) que fue denunciado como de naturaleza feudal y no moderno. Silva Henríquez apoyó claramente las medidas del obispo de Talca, Manuel Larraín, de promover una reforma agraria, vista por desconfianza por la derecha, en los terrenos de la Iglesia. Sus ideas quedaron expresadas, antes de ser nombrado cardenal en la declaración *La Iglesia y el campesinado chileno*, que aceptaba la culpa social y los problemas estructurales en los males del país.

Asimismo fustigó todos los modelos de gestión económica liberal<sup>11</sup>. Adquirió bajo esa perspectiva gran identidad con la colectividad democratacristiana, limitando la opción de los católicos para votar otra alternativa, al tiempo que había apoyado la tesis que el Partido Conservador (fundado en el siglo XIX) no era el Partido confesional. En los hechos, su afán de identificarse con la nueva colectividad, la Democracia Cristiana (creada en 1957, pero surgida de la Falange Nacional de 1938) construyó un modelo clerical que hubo de chocar muchas veces con el régimen pluripartidista chileno.

Otro episodio que jalonó su gobierno eclesiástico fue la toma de la Universidad Católica de Chile<sup>12</sup>. La ocupación violenta de la casa central, tan ligada al Partido Conservador, fue hecha dentro de un contexto similar de otros movimientos universitarios en el mundo, por ejemplo en Francia y Argentina. El discurso fue al igual que en esos países revolucionario<sup>13</sup>. Se acusó a la entidad de estar de espaldas al siglo y al progreso, de estar anquilosada, al servicio de las elites, y se exigió la salida de monseñor Silva Santiago, quien era

---

10 Michael Davies, *El Concilio del Papa Juan*, Icton, Buenos Aires, 1981. Ver Capítulo X, "Madre de la Iglesia", pp. 175-189.

11 En realidad el modelo de desarrollo chileno era estatista y no liberal. Pero corrientemente se asocia el mercado al liberalismo económico, sin considerar la dimensión restringida en que operaba ese mercado, intervenido directamente por el Estado.

12 Alejandro San Francisco, *La toma de la Universidad Católica de Chile (Agosto de 1967)*, Globo Editores, Santiago de Chile, 2007.

13 Tras la Universidad Católica de Chile, vino su congénere de Valparaíso, y luego las universidades estatales. Esto dio origen a un modelo universitario altamente politizado y discrecional, que dividió y partió las Facultades durante la Unidad Popular en marxistas y antimarxistas. Fue una época de nula investigación y disciplina. Recientemente el Presidente Sarkozy se ha referido a la reforma universitaria negativamente, y en Chile la conmemoración de la toma ha sido más bien crítica. N. del R.

su Rector y Gran Canciller. Miguel Ángel Solar, dirigente estudiantil, exigía que se pusiera a la Universidad al servicio del pueblo.

A todo esto la toma se había convertido en una causa nacional. La Central Unitaria de Trabajadores (CUT) apoyaba a los alumnos en huelga. El Presidente Frei Montalva llamó al Cardenal por teléfono para decirle que se temía una explosión social y política y que le daba plazo hasta el 21 de agosto para solucionar el conflicto. Lentamente se fue armando la convicción que solo una intervención política, apoyada por el Presidente Frei y el Arzobispado, lograría dar una solución al conflicto. El mensaje fue elocuente y así lo cuenta Silva Henríquez:

“El jueves 17 de agosto el Presidente Frei me llamó por teléfono. Dijo que lo que estaba pasando en la UC comprometía gravemente la estabilidad del país (...) Si la Iglesia no podía detener la crisis, el gobierno tendría que hacerse cargo de la Universidad”<sup>14</sup>.

Ciertamente esto era poco congruente con la carta que envió el propio Frei a Silva Henríquez, reproducida en revista *Ercilla*, donde declaró estar a favor de la autonomía universitaria, y en la cuál nada se dijo de una intervención de la Universidad<sup>15</sup>. El 20 de agosto el Vaticano dio poderes especiales a Silva Henríquez para mediar en el conflicto, a nombre del Comité Permanente del Episcopado chileno. El Arzobispo de Santiago en consuno con la Federación de Estudiantes (FEUC) no quiso nombrar un sacerdote en la Rectoría, pero sí nombró a alguien de confianza del Partido Demócrata Cristiano: Fernando Castillo Velasco. Así quedaba satisfecho el Ejecutivo, el episcopado, y los estudiantes en huelga. Monseñor Silva Santiago renunció simultáneamente a los cargos de Rector y Gran Canciller, estampando su decepción por la actuación de su colega en el Episcopado. Nombró interinamente Prorrector a Castillo Velasco. Lo que no previeron los involucrados, es que el rechazo de los estudiantes de la Universidad Católica de Chile daría paso al Movimiento Gremial, que les desalojaría prontamente de las posiciones en FEUC (1968). Es que, como decían ellos, no querían una Universidad democratacristiana para los democratacristianos<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> *Memorias*, I, p. 100.

<sup>15</sup> Ver 30.08.1967, p. 3. Como dice Alejandro San Francisco, *La toma de la Universidad Católica de Chile (Agosto de 1967)*, “El asunto, sin embargo, como se ha mencionado, ya no estaba dentro de la Universidad, sino que la decisión se había trasladado al ámbito político y eclesíástico”, pp. 105 y 95-96.

<sup>16</sup> El grupo lo lideró Jaime Guzmán Errázuriz, luego autor de la Constitución de 1980 de Pinochet, y senador por Santiago en democracia. Asesinado por terroristas luego que se negó a aprobar un indulto a aquellos a principios de los años 90. sobre las vicisitudes de la oposición a la reforma universitaria, y la contra-propuesta, ver a Alejandro San Francisco, *La toma de la Universidad Católica de Chile (Agosto de 1967)*, pp. 105-124.



El domingo 11 agosto de 1968, un año después exactamente, el mismo grupo ocupó la Catedral de Santiago de Chile, para exigir y plantear las mismas reivindicaciones pero esta vez referidas a la Iglesia de Santiago, es decir al mismo Arzobispado que los había respaldado oblicuamente. Es interesante recordar el episodio:

“Abogaban porque la Iglesia Católica se convirtiera en una Iglesia del Pueblo, pronunciando contra la guerra de Vietnam, contra la visita del Papa Pablo VI a Colombia, contra la terminación del Templo Votivo de Maipú, contra la violencia provocada por los ricos y poderosos, y a favor de los hambrientos de Biafra, de los uruguayos que luchaban por su nivel de vida, y por los procesos políticos en Brasil etc. etc.”<sup>17</sup>.

## DESCONFIANZA Y DIÁLOGO

A la identidad del gobierno demócratacristiano siguió la elección de Allende por la coalición marxista denominada Unidad Popular por algunas decenas de miles de votos, con una mayoría de apenas un tercio del electorado. Las sutilezas que generó el ascenso de Salvador Allende, elegido presidente de la República con un tercio de la votación, y un parlamento en contra, repercutieron en la Iglesia. Para peor, en una maniobra para impedir su ascenso un comando de ultraderecha asesinó al Comandante en Jefe del Ejército, el general René Schneider Chereau.

Es probable que en su fondo hubiera un poco de simpatía por el ánimo reformista, pero las directrices radicales de Allende no eran las de la Iglesia. Aunque Silva Henríquez fue acusado de criptocomunista, y ciertamente no fue amable con los anticomunistas, no es certero acusarle de socialista y menos de marxista<sup>18</sup>. Y pese a ser tan cercano con la Democracia Cristiana, haberla protegido y promovido en su diócesis, su intención de promover un diálogo entre la Democracia Cristiana con la izquierda incomodó a la colectividad, que alentaba la lucha frontal contra Allende, encabezada por el ex Presidente Frei y el presidente del Partido Patricio Aylwin (luego Presidente entre 1990 y 1994, a la vuelta de la democracia), al tiempo que minaba la resistencia antimarxista. Por ello, la derecha le miró con recelo siempre.

---

17 Adolfo Ibáñez Santa María, *Abrazado por la Revolución. Ideología y totalitarismo en Chile 1960-1973*, Biblioteca Americana, Santiago de Chile, 2004, p. 148

18 La hostilidad mutua está registrada en TFP (Tradición, Familia y Propiedad), *La Iglesia del Silencio en Chile. La TFP proclama la verdad entera*, Santiago de Chile, 1983. Por ejemplo Silva Henríquez obstruye una misa por la conversión de Rusia según el presagio de Fátima, ver pp. 117-121. También en Teresa Donoso Loero, *Cristianos por el socialismo en Chile*, Santiago de Chile, 1975.

De hecho en 1970 Silva Henríquez emitió un pronunciamiento en que consideró legítimo para un católico votar por el candidato socialista. El secretario general del Episcopado, monseñor Oviedo (luego su sucesor en la sede) ratificó este criterio. Un criterio ciertamente poco congruente con las directivas vaticanas que condenaban al Comunismo como intrínsecamente ateo. El propio Silva Henríquez manifestó reiteradamente que el proceso de cambios era un punto de convergencia más allá de inútiles tensiones y conflictos con los marxistas, subsumido en el apoyo a las reformas y procesos de cambios que apoyaba una correcta interpretación del Evangelio.

Contra muchos, Silva Henríquez era proclive a reconocer el ascenso de Allende, aún si su mayoría era tan feble, y no recurrir a la disposición constitucional que sostenía que al no haber mayoría absoluta el Congreso Pleno podía elegir un Presidente de entre las dos primeras mayorías, lo que favorecería al ex Presidente Jorge Alessandri. Allí, donde la Unidad Popular, su coalición, era ampliamente superada en parlamentarios por el bloque de centroderecha (Partido Nacional) y por la Democracia Cristiana, que pronto integraría el CODE o Confederación Democrática para resistir al gobierno marxista. El se inclinó por la mayoría simple y decidió su concurso en la realización una vez confirmado, del *Te Deum*. Pero Allende no era solo marxista y ateo: era además masón. Exigió un *Te Deum* ecuménico y el Cardenal se lo concedió, compartiendo el altar con rabinos y pastores protestantes, que extendieron sus brazos para decir cada uno su oración. Pero se omitió su nombre de pila en la parte principal del mismo, llamándolo “Presidente” en vez de usar su nombre de pila, Salvador, para evitar cualquier equívoco.

El panorama era difícil. Silva Henríquez tenía ante sí la insistencia de un sector de la Iglesia marxistizada, que construía la llamada Iglesia Popular (Movimiento de la Iglesia Joven), y frente a él un sector anticomunista que le producía irritación. Con ambos estuvo en confrontación. Frente a los cristianos por el socialismo tuvo una polémica persistente, que se acrecentó con la toma de la Catedral en 1968<sup>19</sup>. Pese al rechazo de Silva Henríquez, el Gobierno de Allende alentó esta escisión de la Iglesia y tanto el Canciller Clodomiro Almeida como el propio Allende inauguraron el I Encuentro de Cristianos por el Socialismo (abril 1972) que animaban 80 sacerdotes cercanos a la teología de la liberación. Esta torpe intervención fue hecha tras la dura respuesta que el Cardenal dio a Gonzalo Arroyo S.J, y miembros del comité organizador del encuentro para no participar en él. El propio Silva Henríquez reconvino a los

---

19 Los documentos intercambiados entre el Cardenal y los sacerdotes y laicos progresistas en: Víctor Farías, *La izquierda chilena 1969-1973. Documentos para el estudio de su línea estratégica*, CEP, Santiago de Chile, 2000. Tomo 3, ver por ejemplo pp. 2153-2161, y 2170-2179. Véase especialmente el “Mensaje del Presidente de la República Dr. Salvador Allende G. a los delegados del Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos para el Socialismo (28 de abril de 1972)”, p. 2222.

adalides de esta desviación de la fe por estar inficionados por el materialismo. En la respuesta eclesial se condena por igual el marxismo que el capitalismo. A su “querido amigo” (sic) le decía: “Falta toda referencia al Evangelio y sobre todo a la Iglesia. No hay cristianismo sin Iglesia y sin sacerdocio jerárquico: el peligro está en imponer el cristianismo a la institución. *El rostro nuevo de la Iglesia Vaticano II es la unidad y la pluralidad*”<sup>20</sup>. Los sacerdotes socialistas se hacían eco, sin crítica alguna, de la fascinación por la Revolución guevarista (doce sacerdotes habían viajado a Cuba y habían sido criticados por la Conferencia Episcopal), y la filosofía materialista que estaba en neta oposición al mensaje católico.

De todas maneras la respuesta a Arroyo es del todo distinta a la que da a los sacerdotes que combaten el comunismo. Varios son los casos de sus amonestaciones a algunos de ellos, que contrastan con el tono amable que se conjuga con su posición progresista, su afán por identificar un fondo cristiano a los cambios, marcan su toma de postura permanentemente.

Raúl Silva Henríquez pensaba, como el Presidente Eduardo Frei Montalva (1964 –1970), que solo había una cosa peor que el comunismo: el anticomunismo<sup>21</sup>. Usando toda su autoridad hasta el exceso fue contemplativo con los sacerdotes a la izquierda, y usó todos los medios disciplinarios para aislar a aquellos que combatían al comunismo por ateo. Especialmente manifestó su descontento ante los apoyos que recibía la organización Tradición, Familia y Propiedad (1967), creada originalmente en 1961 como Fiducia para alentar los ideales católicos tradicionales.

Y esto no es un hecho aislado. Desde luego hay unas declaraciones iniciales hechas ante los periodistas cubanos Luis Báez de Juventud Rebelde y Gabriel Molina de Radio Habana. En la que manifiesta su confianza en la honestidad e intención recta del Presidente, y en que reconoce que hay católicos que votan por la Unidad Popular. Incluso habría manifestado que no había discrepancias con el gobierno marxista, y que las reformas básicas “son apoyadas por la Iglesia chilena”<sup>22</sup>.

Tras 1972, cuando las huelgas y el movimiento social casi derrotaron al Gobierno, que salió de la crisis nombrando un gabinete cívico-militar, el Cardenal interviene por la declaración de la Conferencia Episcopal, intitulada “La Paz

---

20 Cardenal Raúl Silva Henríquez, Carta al Padre Gonzalo Arroyo S.J., p. 204. Cit. en María Antonieta Huerta y Luis Pacheco Pastene, *La Iglesia chilena y los cambios sociopolíticos*, Pehuén, Santiago de Chile, 1988, p. 285.

21 Frase emblemática de Eduardo Frei Montalva para mostrar su disconformidad con el discurso años antes de liberales y conservadores frente al marxismo.

22 El tono progresista de estas declaraciones es convergente con cierta inconsistencia concreta para identificar los aspectos concretos: cuando Allende quiso imponer la Escuela Nacional Unificada, de pensamiento marxista, el Cardenal Allende fue el principal obstáculo para que siguiera en este proyecto. Las declaraciones en TFP, *La Iglesia del Silencio en Chile*, pp. 146-148.

de Chile tiene un precio” (1973) pidiendo una *tregua* a los políticos. En su § 7 la declaración pide “un gran consenso nacional para lograr la paz y realizar las transformaciones sociales”. Se sostiene que hay peligro de guerra civil y para eso se pide una transacción. Es fácil adivinar que se trata de un crítica a la oposición coaligada entre la derecha y la Democracia Cristiana, un salvavidas al Gobierno. La pasión por cambios, sin especificar de qué tipo, es lo que mueve a Silva Henríquez a la declaración, y le parece el único consenso entre el oficialismo y la oposición, aunque se pueda adivinar la vaciedad de la propuesta<sup>23</sup>.

Desde luego el énfasis reformista del documento, su incompreensión de la naturaleza global del proyecto marxista de Allende, y la nula prevención respecto del hálito anticristiano de la coalición gubernamental pasaban a ser parte de un todo, en que el Cardenal privilegiaba su propia visión de los cambios necesarios. Esencialmente eran los mismos del programa de gobierno de Frei entre 1964 y 1970: creación de una nueva civilización estilo mariteniano, con una economía a escala humana, y modos de gestión descentralizados hasta la unidad comunal (junta de vecinos). Una sociedad comunitaria, no comunista.

El 17 y 18 de julio de 1973 el Partido Comunista apoya la declaración. En *El Siglo*, órgano oficial de la colectividad, aparece una declaración firmada por Volodia Teitelboim, intitulada “Respondemos al llamado de la Iglesia”. Haciendo una exégesis bíblica los comunistas responden con un párrafo de las escrituras “Mira que estoy a la puerta y llamo”. Acusa de sordos a aquellos que reciben la hostia y no escuchan. Todo una sorpresa de una colectividad atea, que responde la exégesis cristiana con las líneas de un dirigente marxista de origen judío.

Este último llamado es destacado claramente como uno de los intentos por encontrar una salida política a la crisis de entonces. Es claro que hay razón en lo que sus críticos dicen que se anticipó a la idea de establecer un compromiso histórico entre la Democracia Cristiana y el marxismo. Pero esto era impensable desde el propio Allende, que denunciaba a la Democracia Cristiana y a Frei como el principal instrumento de la CIA y de Estados Unidos. Y de todas maneras el Cardenal no era ajeno a las críticas. Recientemente el historiador Víctor Farías un documento publicado en *Salvador Allende. El fin de un mito* (Santiago de Chile, 2006) un informe de Volodia Teitelboim a Hermann Axe (en alemán) de agosto de 1973 en el archivo de la Stassi, la policía secreta de la República Democrática Alemana, en que se comunicaba la coordinación de esta declaración antes de se comunicada al público. El Cardenal Silva Henríquez la habría consultado en secreto con el pleno del Partido

---

<sup>23</sup> En *Documentos del Episcopado Chile 1970-1973*, Santiago de Chile, Imprenta Mundo, abril de 1974, pp. 171-173. La descripción crítica de esta actuación del cardenal en TFP, *La Iglesia del silencio en Chile*, pp. 208-213.

Comunista para obtener su conformidad<sup>24</sup>. Ello hace que el llamado fuese una maniobra concertada, y no simplemente un acto individual, lleno de cierta ingenuidad. Por el contrario, se constata que se trata de una calculada filigrana para cercar con apoyo comunista a la Democracia Cristiana y obligarla a salir del pacto opositor.

Eso explicaba, entonces, la versada, bíblica, y contundente respuesta del Partido Comunista al llamado del Cardenal. Y consecuentemente el apoyo del Gobierno en el diario socialista, *Puro Chile* del 17 de julio del 73<sup>25</sup>.

## LA OPCIÓN POR LOS DERECHOS HUMANOS

Silva Henríquez trató de generar puentes entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, tarea del todo imposible. Por ello vio ante sus ojos la crisis completa y no pudo hacer más para evitarla. El 11 de septiembre estaba decepcionado, pero de todos modos dio una inicial señal de amistad política a la Junta Militar. Se celebró el Te Deum, pero apenas un año después el Cardenal estaba involucrado de lleno en la denuncia de atrocidades cometidas por los partidarios del nuevo régimen.

Tal evolución no era impredecible. Apenas asumida la Junta de Gobierno, el Cardenal firmó una declaración con la Conferencia Episcopal en que dice: “Consta al país que los obispos hicimos cuanto estuvo de nuestra parte para que Chile se mantuviera dentro de la Constitución y la ley, y se evitara cualquier desenlace violento como el que ha tenido nuestra crisis institucional”. Terminaba con un dramático pedido: “que no haya innecesarias represalias contra los vencidos”. La verdad es que este pedido no resultaba corto a la altura de los acontecimientos que se vivían.

Primeramente redactó una carta, en agosto de 1974, dirigida al Jefe del Estado para que cesara el estado de guerra interior, y promoviera la reconciliación. De este grupo surgió el Comité Pro Paz o Comité Ecuménico de Cooperación

---

24 “El camarada Teitelboim y otro miembro del Bureau político convencieron, entre otros, al único cardenal de Chile, por encargo de la dirección del partido, para que hiciese un llamado a impedir la guerra civil y a hacer ver la necesidad de un diálogo de todas las fuerzas progresistas (...) El llamado del cardenal tuvo gran efecto. Obligó a la dirección del Partido Demócrata Cristiano a declararse de acuerdo en llevar a cabo un diálogo con el gobierno. La dirección del Partido Comunista y el Presidente Allende vieron en este momento de ganar tiempo como algo muy importante la destrucción de la alianza reaccionaria Partido Nacional-Partido Demócrata Cristiano”. Ver Víctor Farías, *Salvador Allende. El fin de un mito*. Editorial Maye, Santiago de Chile, 2006, p. 187. También hay unas declaraciones de Carlos Altamirano, muy recientes, en que reconoce la coordinación de dirigentes marxistas con el Cardenal Silva Henríquez.

25 Poco después que la mayoría del Congreso proclamó la inconstitucionalidad del Gobierno de Allende (22.08.1973) el Arzobispado de Santiago –léase Silva Henríquez- promovió en el salón de actos de la Universidad de Chile un último diálogo entre socialistas, demócratacristianos y socialistas (30.08.1973).

para la Paz, de composición ecuménica<sup>26</sup>, para luego de su disolución, con la salida del obispo luterano Hermuth Frenz, centrarse en una estructura propia creada en 1976, que acogió numerosos abogados comunistas, en la Vicaría de la Solidaridad. Ella coordinó las defensas jurídicas, la asistencia médica, y la vicería de la izquierda marxista disidente, en una acción que la produjo múltiples críticas pero también aplausos de la comunidad internacional. La labor de la Vicaría traspasó las fronteras: en 1978 recibió el premio Derechos Humanos, por Naciones Unidas; en 1979 el premio de la Fundación Bruno Kreisky; y en 1986 el Premio Príncipe de Asturias.

Silva Henríquez, de carácter hosco, se enfrentó al general Pinochet a través de sus muchas intervenciones en la prensa y sobre todo de los comunicados de la Conferencia episcopal. A pesar que no ostentaba ninguna primacía sobre sus colegas, ejerció de facto una función de primado. Ella la ejercía desde 1963, cuando fue designado su presidente por 33 votos contra 3 que obtuvo Silva Santiago<sup>27</sup>.

Sus puntos de vista fueron privilegiados, y seguidos por multitud de otros obispos tales como José Manuel Santos, Carlos Camus, o el más extremo, el francés Jorge Hourton. Silva Henríquez que apoyó en 1967 la destitución de Monseñor Silva Santiago en la toma de la Universidad Católica, dando origen a la Reforma Universitaria, también fue destituido del cargo de Gran Canciller en la intervención política de la Universidad, esta vez por los militares. En lo sucesivo este cargo sería de nombramiento pontificio y no accedería a él con respaldo de la Conferencia Episcopal. Aleccionado por el episodio creó la Academia de Humanismo Cristiano, donde estuvieron los profesores afectos a la línea del progresismo católico. Esta fue el origen de la actual Universidad Academia de Humanismo Cristiano que existe actualmente en paralelo con las demás instituciones superiores católicas de enseñanza.

Si bien en un primer momento concedió una tregua al nuevo régimen. La primera forma de ella fue su asentimiento inicial: “Es evidente que la inmensa mayoría del pueblo no deseaba ni desea seguir el destino de aquellos países que están sometidos a gobiernos marxistas totalitarios. En este sentido, creemos justo reconocer que las FF.AA., interpretaron el 11 de septiembre de 1973, un anhelo mayoritario y, al hacerlo apartaron un obstáculo inmenso para la paz”<sup>28</sup>, fue evi-

26 El Comité lo presidía Raúl Silva Henríquez y su secretario general era el Obispo católico Carlos Camus Larenas; el resto de los integrantes eran Helmutz Frenz, Obispo Luterano de Chile; Juan Vásquez del Valle, Reverendo Obispo Iglesia Metodista de Chile; y Ángel Kreiman, Gran Rabino de Chile.

27 Mario Aguilar, *Cardenal Raul Silva Henríquez (1907-1999)*, Ediciones Copygraph, Santiago de Chile, 2004, p. 100.

28 Comité Permanente del Episcopado de Chile, Evangelio y Paz, 5.IX.1975. En: *Documentos de la Conferencia Episcopal de Chile 1974-1980*, p. 111. De hecho María Antonieta Huerta y Luis Pacheco Pastene, en *La Iglesia chilena y los cambios sociopolíticos*. También los Obispos de Chile reconocen en su documento *La reconciliación de Chile* que la *Declaración de Principios* (1974) de la Junta de Gobierno manifiesta una inspiración explícitamente cristiana del texto, que consideran saludable, pero advierten respecto de las limitaciones a la vida

dente que su oposición era más radical y no obedecía solamente a su oposición a los crímenes políticos. Se enmarcaba dentro de una larga lucha contra las ideas de derecha en general, que le había llevado a excesos en democracia, pero que ahora se comportaron en cierta medida como un dique. Criticado, alabado, su voz no pasó desapercibida. Los simpatizantes demócratacristianos no vieron nunca en él un Cardenal Mazarino, ni menos un Arzobispo Makarios listo para gobernar Chile, pero sí apreciaron sus habilidades como negociador y su búsqueda incansante de protagonismo para el Partido Demócrata Cristiano que estaba francamente en la oposición contra los militares desde 1975, tras un primer momento en que el ex Presidente Frei esperó que el general Pinochet le llamara a un puesto protagónico, pensando que el gobierno militar iba de a ser de corto plazo.

El protagonismo de Silva Henríquez fue mirado bifrontemente. Para la oposición se trataba de un héroe, y para el gobierno un actor directamente interesado en favorecer a la izquierda, y quizás al comunismo. Confluían diferencias históricas del cardenal con la derecha chilena, y luego cierta posición de resistencia al progresismo católico en general. Críticamente Pacheco y Huerta precisan que esta acción “que inicia la Iglesia, desde el comienzo del gobierno militar, fue vista por muchos como un acción partidaria, o como clara intromisión en asuntos políticos”<sup>29</sup>. En ella confluyen que el catolicismo chileno sería un catolicismo de la clase alta, la que está históricamente ajena a las penurias de los pobres, y que además presa de un antimarxismo extremo, desprestigia la labor de la Jerarquía. En respuesta, ellos sostienen que la defensa de los derechos humanos es parte de la evangelización de la cultura de los mismo católicos chilenos que apoyaban resueltamente en sus estratos altos la Dictadura.

Las ideas de Silva Henríquez fueron expuestas en la carta de Cuaresma de 1983, año de su renuncia. Intitulada *Los heridos en el camino* sostiene que

“Los acontecimientos de septiembre de 1973 han cambiado el rostro de Chile. Junto a los heridos que tradicionalmente ha tenido la Iglesia, aparecieron los heridos producto de un modelo económico inhumano, que ocasionó grandes tasas de cesantía y especialmente entre los pobres (...) Paralelamente el modelo político autoritario, inspira-

---

social y política del creyente, aunque manifiestan a renglón seguido que siendo buena la incorporación de esos principios a la Constitución debe haber una discusión activa y consciente de la población chilena. Ver p. 301.

29 Una de las organizaciones más críticas fue el Movimiento Gremial, que desde su triunfo en la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile (FEUC), a fines de los años 60 atacó sostenidamente al cardenal. Las discusiones sobre las interpretaciones de los documentos episcopales y la influencia de Silva Henríquez, fueron materia recurrente de comentario y discusión con la entidad estudiantil. Ver María Antonieta Huerta y Luis Pacheco Pastene, *La Iglesia chilena y...*, pp. 297 y 300-301.

do en la doctrina de la seguridad nacional, hacía que miles de personas acudieran a la Iglesia en defensa de su dignidad o de sus derechos conculcados. Este modelo político, que acaba con el pluralismo, tiende a hacernos entrar en un ambiente de guerra interna que, presentándose como defensa contra la amenaza del comunismo, termina por perseguir a todos los que se opongan a tal forma”.

También Silva Henríquez dedicó un tiempo importante a la salud de la Iglesia. Desde 1962 impulsó la Gran Misión, que manzana por manzana impulsó la evangelización. Seguidamente reestructuró la diócesis, que se dividía administrativamente en un sector independiente, obrero y rural. Adaptando la organización a la evolución social creó las Vicarías funcionales y territoriales. Las territoriales se expandieron por las zonas marginales, y crearon Decanatos y Vicarías Zonales (Sur, Norte, etc.) que crearon 49 parroquias en el Gran Santiago. Con las otras impulsó la Vicaría de la Solidaridad, la Vicaría de la Pastoral Obrera, etc. También reforzó el Seminario de Santiago, que hacia 1983 entregó 120 vocaciones diocesanas<sup>30</sup>.

En 1983, por motivos de salud presentó su renuncia y le fue aceptada. En el gobierno de la sede metropolitana, como hemos dicho le sucedió Juan Francisco Fresno (mayo de 1983), y luego por Carlos Oviedo Cavada, destacado historiador. Sus gestiones fueron menos conflictivas, pero también tuvieron una fuerte resonancia pública. La nominación de Fresno Larraín fue recibida con alborozo por el gobierno de Pinochet, gracias a su fama de moderado, y así fue, pero ello no impidió que el nuevo Cardenal propiciara en medio de las repercusiones de la crisis económica del 82, un primer intento de diálogo político entre el gobierno y la oposición agrupada en la Asamblea Democrática (agosto de 1983). Ello permitió un polo democrático de oposición, que se institucionalizó en abril de 1986 en la Asamblea de la Civilidad, que con concurso de los socialistas (los comunistas estaban por la lucha armada), se consolidó e impuso su estructura y que prefiguró la actual Concertación de Partidos por la Democracia, actualmente gobernante desde 1990, y uno de cuyos dos ejes es el demócratacristiano.

## BALANCE Y PROYECCIÓN

Si bien Silva Henríquez defendió con todo su fervor la dignidad de las personas, no fue ajeno a su gestión la infiltración de comunidades de bases y estructuras oficiales de la Iglesia de elementos marxistas, que luego con el advenimiento de la Democracia en 1990 se salieron de ese carril y encabezaron campañas para descristianizar a Chile.

<sup>30</sup> María Antonieta Huerta y Luis Pacheco Pastene, *La Iglesia chilena y...*, pp. 307-308.



Quizás este fue el punto que distanció al prelado del Papa Juan Pablo II. Pero hay que distinguir. El Papa lo hacía por su propio y dolorosa experiencia en un régimen marxista, pues cuando llegó a Chile sus mensajes fueron claramente una crítica al régimen militar. Las multitudes reunidas por la Iglesia se mostraban asimismo más receptivas del mensaje político que de otros aspectos. Cuando el papa pidió en el Estadio Nacional ante 80.000 jóvenes que renunciaran al ídolo del placer y del sexo, la respuesta fue un rotundo “No”. En la reunión del Parque O’Higgins, en Santiago de Chile, grupos de izquierda organizaron una asonada, que desarticuló el evento y mostró al Papa la verdadera cara de los asistentes marxistas.

El Cardenal Silva Henríquez se ganó un puesto por sus actuaciones por recuperar la democracia; es indudable que con todos sus claroscuros la defensa de los Derechos Humanos, su lucha por la dignidad de los trabajadores, la defensa del sistema democrático liberal, fueron sus aciertos. Menos ortodoxos fueron sus medios como las cartas intercambiadas en secreto con la dirigencia comunista fueron más de *realpolitik* que de consecuencia política cristiana.

Igualmente fue cuestionable su participación en la toma de la Universidad Católica de Chile y la salida de monseñor Alfredo Silva Santiago. Tampoco fueron llenas de caridad sus amonestaciones a sacerdotes que no estaban en su línea política, especialmente a los que manifestaron simpatías por posiciones de la TFP. Más compleja, debatible y todavía contradictoria fue su defensa del sistema democrático liberal antes del 73. Su acción clerical, su intervención partidista, fue del todo cuestionable. La historia previa entre 1961 y 1973 condicionó sus relaciones con los católicos tradicionales y la derecha en bloque. Sí el Cardenal Silva Henríquez no hubiera tenido una historia de confrontación con la derecha, o si hubiese sido más ecuánime en sus juicios algunas de sus denuncias sobre derechos humanos hubieran tenido mayor credibilidad. Pero era cierto que se apoyó sobre un grupo político radical, que carecería de lazos reales con la Iglesia, y de hecho ese grupo se desligó de todo compromiso con la Iglesia en los 90. Los mismos que aseveraron que la Iglesia era la voz de los sin voz, consideraron pos Pinochet que la Iglesia era un resabio del pasado que impedía su marcha hacia la modernización. Sostuvieron que los derechos de género, el modelo de familia, la ratificación de la sexualidad heterosexual, incluso la evangelización en pueblos indígenas eran afrentas a la autonomía de las personas.

Solo se salvaron de esta crítica la convergencia con un sistema de economía solidaria<sup>31</sup>, próxima al socialismo, y la afirmación en los derechos humanos,

---

31 En *Mi sueño de Chile* escribió su ideal. “Quiero –dijo- que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia”.

que reconocieron fueron defendidos por la Iglesia. En 2007 la Presidenta Bachelet hizo mención al Papa Benedicto XVI de la coincidencia de su gobierno con los derechos laborales y humanos, haciendo abstracción de los conflictos valóricos como la promoción del divorcio (conseguido antes) y la píldora del día después.

Posterior a su renuncia una larga enfermedad consumió al enérgico prelado. Sus familiares y amigos cerraron las puertas a toda entrevista en sus últimos años. Cesó de escucharse, salvo en ocasiones de homenaje el grito de “Cardenal, amigo, el pueblo esta contigo”. Un potente silencio le fue acompañando junto a la enfermedad de Alzheimer hasta su muerte en 1999. Pero cuando murió, ese silencio se transformó en un multitudinario homenaje el 9 de abril de ese año. Con él, se iba una parte de la historia de Chile.

Pero esta parte es un fragmento de su rol decisivo en la historia de Chile. La otra tiene que ver con la socialización de las ideas cristianas como un fondo civilizatorio en la sociedad chileno. Su defensa de los Derechos Humanos, su crítica a la economía neoliberal, su búsqueda de un modelo participativo, su defensa del modelo de partidos políticos y del sufragio, fueron legados concretos. Gracias a ellos los primeros años de la transición (1990-2000) fueron hegemonizados por el Partido Demócrata Cristiano y tutelados por una Iglesia Católica que consagró su influencia en la deuda que los chilenos tuvieron, en una visión comprometida es cierto, por su defensa de aquellos cuyos derechos humanos eran vulnerados.

La apropiación socialista pos 2000 de la democracia chilena ha oscurecido el importante legado del Cardenal Silva Henríquez, haciendo una indebida relación con el régimen autoritario entre 1973 y 1989 y el rol a su juicio retrogrado de la Iglesia Católica. Han borrado por medio de la construcción de la memoria histórica toda sombra de la influencia eclesial. Esto ha permitido a los sectores anticlericales posicionarse indebidamente respecto del pasado reciente y borrar con una mano lo que el Cardenal estimaba la identidad de Chile y su servicio:

“He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor... A Él he buscado servir como sacerdote y obispo... Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente”.